

LAS ARTES VISUALES

Localmente, y entre las artes visuales, la pintura acaba de tener su mejor año. A tal punto, que podemos considerar los sucesos pictóricos de 1966 como decisivos para el futuro desarrollo de este arte entre nosotros. Y no sólo porque hubo un inesperado incremento de las actividades que promueven materialmente a la pintura, tales como concursos, premios elevados, becas y auspicios, sino por haber comprobado cómo los artistas han demostrado madurez, al unirse para salvaguardar sus intereses (La Fundación para las Artes), organizando salones y remates con idoneidad y éxito. Y sobre todo, porque, al lado de un considerable aumento de galerías y exposiciones, y, en consecuencia, de artistas en actividad profesional, advertimos la consolidación de una vigente diversidad de tendencias, mediante la irrupción del vanguardismo. Todos y cada uno de estos hechos, presuponen un favorable cambio de giro en la actitud de los artistas y del público, y despiertan el optimismo.

Pero, si de artes visuales se trata, habrá necesidad de aceptar que la arquitectura y su hermana más joven, el urbanismo, alcanzan también, en 1966, el más alto número de obras ejecutadas en Lima. Sin embargo, a muy po-

cos les preocupa ver hasta qué punto tales obras son encaradas con un criterio estético; simplemente nos dejamos absorber por el utilitarismo. Al parecer, tomamos el funcionalismo al pie de la letra. Lo que equivale a tergiversarlo, puesto que dejamos de lado, además de las soluciones estéticas y específicamente arquitectónicas, la incorporación de la pintura y de la escultura en todo proyecto o construcción. Pero, seamos francos, no sólo en el Perú se tildarían de intrusas nuestras alusiones, hechas así públicamente y fuera de círculos profesionales y oficiales.

¿Y qué decir del diseño industrial que, quizás sin sospecharlo nosotros, sea el arte visual más característico de nuestro tiempo? Cifémonos pues, a las artes visuales tradicionales. Es decir, limitémonos a la pintura, pues el subdesarrollo socio-económico tiene maniatada a la escultura, y el dibujo y el grabado reciben escasa atención, aunque en forma plausible (ICPNA).

Como decíamos al comienzo, la pin-

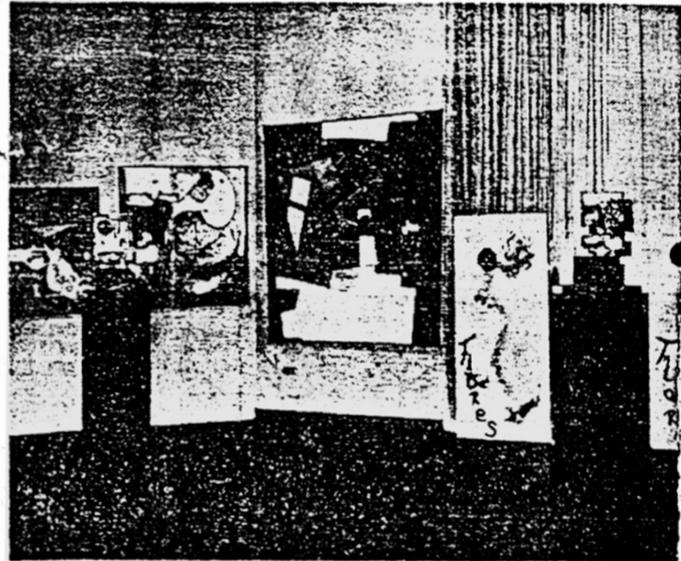
Por Juan Acha

tura, nos mostró un buen número de profesionales. Y es sabido, tal número, que ya principia a impartir una fisonomía activamente artística a Lima, es el factor más importante para el desarrollo del arte en una colectividad, ya que la competencia promueve la selección y, por ende, eleva el nivel cualitativo; al mismo tiempo que destruye el predominio de círculos cerrados y anquilosados. Por otro lado, el mayor número de artistas, presupone un público más vasto y, por consiguiente, más diverso, así como demanda mayor comprensión de las instituciones no culturales. La necesidad de adquirir una pintura y de apoyar a las artes localmente, principia a difundirse y a fructificar. Y es que ya comienza a caducar la idea romántica que toma el artista por demiurgo y lo abandona a su suerte.

Como es de suponer, el incremento registrado últimamente en la pintura se debe, en gran parte, a los artistas que, sufriendo hostilidad, vienen trabajando hace décadas en el Perú. Tam-

co podemos negar los efectos promotores del actual vanguardismo, en la venta de obras de tendencias anteriores y ayer rechazadas. Los objetos creados por el vanguardismo dan hoy seguridad al público para aceptar y adquirir obras de cualquier tendencia, con tal de que sea un cuadro; esto es, una superficie pintada; fenómeno típico, por cierto, del devenir artístico. De allí también que los artistas de las diferentes generaciones se sientan hoy unidos y comprendan que cada época se caracteriza, más por la vigencia de una nueva contraposición, que por el cambio de partido de una vieja, saben que el arte es inevitablemente una sucesión de cambios o contraposiciones. Por eso hoy la pintura no se mueve en la contraposición del abstraccionismo con el figurativismo, sino entre la conservación y la ruptura de la superficie pictórica tradicional; o, lo que es lo mismo, entre el ilusionismo (luz, movimiento y volumen figurados) y la tridimensionalización o corporeidad de los elementos e ideales pictóricos (luz, movimiento y volumen reales).

Con esta corporeidad pictórica irrumpió el grupo "Arte nuevo". De esta manera, se consolida la diversidad de tendencias y aparece el vanguardismo.



En 1966 la pintura alcanzó su mejor año.

Diversidad que es decisiva, pues el calor de los contrarios se fragua hoy mejor el fenómeno artístico; además, ella constituye una identificación con la heterogeneidad del mundo actual e implica dar un libre curso a la diversidad humana.

El vanguardismo, finalmente, revela el despunte de una nueva mentalidad. No sólo es la primera vez que la pintura, como arte visual, llega a actualizarse de veras en el Perú, sino que los jóvenes adoptan tendencias que contravienen, de parte a parte, lo que suponemos es nuestra idiosincrásica manera de ser y ver el arte. El grupo "Arte Nuevo" incursiona en tendencias, como el "pop" "op", objetos y "happenings" y ambientaciones, a las cuales

es inherente un criterio neo-realista de corte existencialista y de concepción razonada. Así, los jóvenes que lo integran vienen a rebelarse contra toda mística purista y sentido magnífico de la vida y del arte; son conscientes de la temporalidad de su obra. Para ellos, lo importante es el cambio artístico.

Sin embargo, sus obras son vituperadas como contrahechura de lo foráneo, o tomadas por moda. Es curioso, a la adopción de lo viejo se llama tradición y a la adhesión a lo nuevo, moda. Es más, contra las obras de "Arte Nuevo" se usan las mismas objeciones que se hicieron el 50 al abstraccionismo. ¿Por qué admirarse? Aunque no sea muy artístico, es humano querer detener la historia.